



Adquirir valores firmes y adecuados

Cuando una persona asoma a sus ocho años, empieza a despojarse de su ropaje de infancia y a vestirse de adulta, tomando decisiones sobre lo que quiere hacer con su vida. Es un proceso gradual, lento y necesario para lograr una buena maduración, que supone aprender a enfrentarse con uno de los desafíos más intensos que vivirá en sus próximos años: la presión grupal. Para saber hasta dónde se atiende lo dicho por el grupo y cuándo se le pone límite, la persona preadolescente echará mano de lo aprendido en casa sobre lo que es bueno y lo que es malo, sobre los principios que deben guiarle a la hora de tomar una decisión.

Por eso, toda la convivencia de los primeros años en casa es un laboratorio de creación y afianzamiento de valores en donde es posible enseñarles a conocerse mejor, a ponerse en el lugar de las otras personas, a reflexionar y darle sentido a sus acciones, a entender el juego mutuo y permanente que se da entre los derechos y los deberes.



Si sus hijas o hijos han adquirido valores firmes, tendrán la suficiente fuerza para resolver de manera positiva las situaciones de riesgo, en lugar de dejarse llevar por lo que digan sus amistades.



Para adquirir valores firmes y adecuados

Una característica de los valores realmente asumidos es que impregnan todo lo que hacemos. Sin embargo, nadie es perfecto y es probable que, en ocasiones, desarrollemos comportamientos que contradiga lo que decimos. No oculte las dificultades que supone ser coherente. Muéstrese ante sus hijas e hijos como una persona auténtica que intenta ser fiel a sus principios.

Una estrategia efectiva para ser personas auténticas consiste en reflexionar de manera permanente con la familia sobre los valores que entran en juego en lo que viven a diario: el contenido de una película, las noticias del día, la letra de la canción de moda, las costumbres de la nueva familia vecina, etc. No reserve el diálogo para las situaciones de dificultad, porque terminarán asociando conversación con problema.

1 Conocerse mejor a sí misma

Cuando conocemos mejor nuestro interior son mayores las posibilidades de usar lo que somos, tenemos, podemos y sentimos, para ser aquella persona que deseamos ser.



Aproveche distintas oportunidades para que sus hijas e hijos vayan trazando un perfil de lo que son, lo que les gusta y disgusta, de lo que son capaces, de sus fortalezas, de sus debilidades, de las personas que les pueden apoyar, de los sentimientos que experimentan y la manera en que los expresan y viven; de las personas que admiran y de las que rechazan, etc.





2 Pensar en las otras personas y en el entorno

Se trata de aprender a mirar más allá de las narices e interesarse por lo que pasa en la calle, el barrio, la ciudad, el país y el mundo entero. Ayúdeles a romper la “burbuja” de su propio mundo y a mirar hacia afuera para alcanzar valoraciones y comportamientos más objetivos respecto de la propia persona y respecto de las demás. La vida humana adquiere todo su sentido cuando se tiene un pie puesto en el propio zapato y el otro en uno ajeno.

Además, edúqueles en la confianza hacia las demás personas, sin que eso le impida hacerles ver que también hay gente malintencionada, que comete abusos y agresiones. Explíqueles que, si bien no todas las personas son así, es necesario que aprendan a protegerse.



- Busque momentos para que su hija o hijo conozca las distintas zonas de su entorno: las más ricas y las más pobres, las industriales y las residenciales, las urbanas y las rurales.
- Propicie que se pueda encontrar y compartir con personas diferentes en cultura, capacidades, color de piel, ingresos económicos, religión, etc.
- Compartan eventos culturales, deportivos, sociales, políticos, en los que puedan conocer e interactuar con distintas maneras de ser y de pensar.
- Ponga en su conocimiento algunas situaciones en las que se han presentado abusos o agresiones. Hágalo con delicadeza para lograr el objetivo de que se protejan y no el de sembrarles miedo por las demás personas.



3 Cultive su sensibilidad

En este mundo en que todo transcurre con tanta velocidad, nuestras hijas e hijos necesitan ayuda para desarrollar una sensibilidad que les permita disfrutar de lo lento, lo silencioso, lo distinto. Ayúdeles a aprender a contemplar, a tener paciencia, a esperar que las cosas maduren con calma, etc.



Detalles que parecen poco importantes como comer tranquilamente y sin el televisor encendido, disfrutar de la preparación y de la ingesta de las comidas, contemplar una puesta de sol, escuchar música distinta a la habitual, ver cine de otros países alejados de las grandes productoras, caminar por el campo detallando colores y variedad de especies; inventar historias, ver el álbum familiar, conocer las andanzas de los antepasados, etc. Todo esto abre la sensibilidad más allá de la velocidad que propone la sociedad de consumo y les enseña a comprender y valorar la diversidad de personas y especies con quienes convivimos.

notas...


